

Marcos Silber

DE LOS BIENES NECESARIOS

Dos peces, uno para sí, otro para el ciego de la costa.
Dos camisas, una camino del lavado, la otra que vuelve.
Dos sueños, uno que acude al deseo,
otro que recupera los muertos queridos.
Dos parcelas de tierra, una para el rosal,
otra donde se pondrán a soñar mis huesos.
Dos papiros, uno para eternizar la palabra,
otro para anotar el nombre del desconocido.
Dos gatos, uno para buscarme en el cristal de sus ojos,
otro para recordar los modos de la distinción. Dos lápices, uno para viajar hasta el horno de
la palabra,
otro para que vuelva con ella.
Dos voces, una para celebrar el silencio,
otra, para sostenerlo.
Dos caballos, uno para comer de sus espumas de libertad
cuando divide el horizonte
en la carrera de la playa;
otro, también.

CHEJOVIANA

Es el jardín de los cerezos adentro del otoño;
ocre se ven los gastados oros de las hojas
y blancas las vaporosas mujeres de gasa.
No alcanzan a oírse las voces,
pero se muestran los cuerpos y sus sombras;
la mantelería acostada debajo de una vajilla que aguarda esperanzada; y la boquilla de
Trigonin
que entra al espacio como pez de aire.
Del samovar escapan silbidos de nostalgia,
aires de tiernos recuerdos, trenes de dulces memorias.

Se hinchán como velas los pechos de las tres hermanas
con ráfagas azules de pasión.
No alcanzan a oírse las voces;
Masha pregunta o parece que pregunta:
¿la gaviota que llega anuncia felicidad?
Y antes que regrese el silencio
Tío Vania dice, o parece que dice:
legarán los visitantes de la ciudad,
entonces ya no estaremos tan solos
y todo florecerá.
Es el otoño adentro del jardín de los cerezos.